

*Peregrinaciones Románticas***(En la Casa de "El Paraíso")**

Era una mañana luminosa de enero; una mañana del Valle en que la naturaleza se atavía de todas sus galas, ofreciéndonos a profusión flores y frutos.

Una sana alegría nos invade en nuestra peregrinación a la hacienda de "El Paraíso", cuya casa santificó el amor, purificó el dolor y eternizó el recuerdo. Casa en la cual lloró un mancebo y cuyas lágrimas, cayendo gota a gota, han empapado ese suelo para que de él broten rosas y azucenas.

El automóvil recorre el trayecto comprendido entre Buga y El Cerrito, y yo mientras tanto voy contemplando el paisaje que se me ofrece. El mismo que describió Jorge Isaacs con su incomparable pluma.

"Las verdes pampas y selvas del Valle, se veían como al través de un vidrio azulado, y en medio de ellas algunas cabañas blancas, humaredas de los montes recién quemados elevándose en espiral, y alguna vez las revueltas de un río. La cordillera de occidente con sus pliegues y senos, semejava mantos de terciopelo azul oscuro suspendidos de sus centros por manos de genios velados por las nieblas"...

Y al comparar esta descripción con la realidad circundante, abrigo al mismo tiempo el temor de que el escenario de la "María", no corresponda exactamente al que me he imaginado tantas veces, releyendo la obra inmortal.

Muchas gentes de encantadora ingenuidad, pretenden que los sitios célebres tocados por la mano del arte, no sufran la acción destructora del tiempo. Esto, como entidad sentimental valdría mucho, pero como realidad sería un absurdo. Pláceme encontrar en los lugares inmortalizados por la pluma o el pincel, las arrugas que el paso de los años ha ido cavando como surco perdurable; el líquen, gris cabellera de los viejos monumentos; la pátina mohosa de los templos coloniales, y las ortigas y zarzas cubriendo los senderos recorridos por los amantes, y borrando las huellas benditas que dejaron en pos de sí. al internarse en los frescos y temblorosos boscajes, cogidas las manos y latiéndoles el corazón a compás de un ritmo acelerado.

Mientras tanto nos vamos internando por un sendero abovedado de písamos rojos, opulentos platanales y rumorosos bambúes, que hunden sus raíces en cristalina fuente, para beber la savia de sus verdes plumajes, interrogantes airosamente interpuestos entre la tierra pródiga de dones y el cielo azul propicio en esperanzas.

Bien hubiéramos querido recorrer ese sendero a caballo, para sentir más cerca de nosotros el contacto vivificador de la naturaleza. El prosaico automóvil nos estorba en mucho el goce pleno del paisaje y constituye un anacronismo verdadero, reñido con la atmósfera sentimental que nos vamos creando.

Las fértiles llanuras de Santa Elena brillan con esa luz dorada, luz cariñosa, acogedora, dispensadora de bienestar, panacea del espíritu fatigado, que nos devuelve las perdidas energías, renueva perpetuamente el milagro de las formas y de los colores, realza los contornos y nos induce a creer que la materia inorgánica es sustancia viviente y consciente, que de nuestras emociones participa, armonizando maravillosamente con nuestra sensibilidad.

Pues cabalmente esa armonización fue la obra de Isaacs. Aquel idilio romántico con sus efusiones de casto amor y de dolor profundo, se adaptaba de modo admirable a ese medio tropical, que resulta imposible imaginar a éste sin el concurso de aquél, porque tanto el uno como el otro están tan ligados entre sí, que la imaginación no logra separarlos sin menoscabo del conjunto.

Quienes hablan de la psicología primitiva de María no advierten que un sér humano en ese medio concebido, no puede dar de sí complicados razonamientos, ni suscitar antinomias, ni plantear conflictos, propios de civilizaciones refinadas, y que aún me atrevería a llamar decadentes. No: "las almas como la de María ignoran el lenguaje mundano del amor; pero se doblegan estremeciéndose a la primera caricia de aquél a quien aman, como la adormidera de los bosques bajo el ala de los vientos".

Allí no hay otro razonamiento sino el ingenuo del amor, ni otras flores que las silvestres, ni otras fuentes que las ondas bulliciosas y transparentes de los ríos. Buscar en la "María" lotos errátiles bogando en lagos artificiales de mármol y nenúfares amarfilados, sería empresa vana ya que no insensato empeño.

Pero ya hemos divisado en la falda de la montaña la casa de "El Paraíso". La que oyó las quejas de Efraím, la que escuchó las postreras palabras de María, la que al modo de un santuario del espíritu recata las más puras tradiciones del Valle. La que albergó a aquel cantor de estirpe hebrea, que, no encontrando un sauce melancólico en qué suspender su arpa trémula y acongojada, la colocó entre dos cadenas de

montañas; arpa cuyos bordones resuenan perpetuamente y a cuya melodía responden entrambas serranías, fundiéndose en un ósculo sempiterno como aquél del *Cantar de los cantares*.

Nos acercamos a la piedra en donde Efraím y María, arrobados en la contemplación de la tarde, leían páginas de Chateaubriand; fácilmente se reconstruye la escena de aquel grupo familiar, reclinado en la ancha piedra, guardadora de un presentimiento destructor. Allí lloraron leyendo el episodio de Atala y se unificaron dos almas: la de Chactas y la de Efraím y también la de Chateaubriand y la de Isaacs, quien había de emular al bretón en su canto del amor que va hacia la muerte, y en su don de hacer brotar, copiosa y pura, la fuente de las lágrimas.

Parecióme ver, por un momento, las sombras augustas del autor de "Atala" y del de "María", fantasmas evanescentes, cuyas candencias dolorosas, riman voluptuosamente con el murmullo quejumbroso de las aguas.

La suave pendiente que hasta la casa nos lleva, acelera el ritmo de nuestros corazones. Ya estamos al pie de las gradas de piedra, que a la morada conducen. Febriles, anhelosos, fuera de sí, vamos subiendo poco a poco aquellos peldaños; retumban nuestras pisadas en aquel corredor que ha recogido otros pasos, que escuchó palabras de amor y de ventura, que abrigó muchas promesas, y resonó en noche de infinita desolación con el grito agudo de un dolor sin consuelo.

El panorama que teníamos delante no podía ser más espléndido: En un mar de perennal verdura y bajo un cielo del más puro azul que imaginarse cabe, reposaba la mole milenaria de la cordillera occidental, en cuyas crestas altísimas "vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina, esparcidas por un aliento amoroso".

Las trémulas vibraciones del Cauca, dios de la llanura, parecían captar aquella inagotable urdimbre de luz, síntesis de la misteriosa alianza del cielo y de la tierra y guardadora de la inagotable generación de la inexhausta naturaleza, que retribuye al cielo los perfumes que exhalan las flores, las florestas y los bosques resinosos, como un gigantesco incensario que, en perpetuas oblaciones, le ofrendara el tributo de sus muníficos tesoros.

En aquel inconmensurable tapiz, la escala del verde recorría todos los tonos: desde el verde abrumado por el sol en inhospitalaria región, hasta el vivo de esmeralda que orgullosamente ostentaban los sugestivos guadales. Los písamos florecidos puntuaban sus matices de grana, como un magnífico alarde de voluptuosa incitación. Las vacadas pa-

cían libres y descuidadas; las amarillentas techumbres de la aldea cercana, semejabán despojos calcinados por el fuego, y todo venía a perderse en un azul brumoso de lejanías indefinidas.

Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado;
Oh prado de verduras
De flores esmaltado,
Decid, si por vosotros ha pasado.

La casa de "El Paraíso" pintorescamente situada entre la montaña y el valle, nos da la explicación del desarrollo de la novela. Sus personajes ascenderán del valle a la casa, o bajarán de la montaña, confluyendo en aquel sitio, del mismo modo que en el Quijote, la venta famosa es el punto donde convergen todos aquéllos que en torno del hidalgo se agrupan. El Paraíso es la conjunción de la montaña con *olor de helecho* y del ardoroso valle de cálidos efluvios.

La sensación que se experimenta al recorrer todos y cada uno de los lugares de la casa, es la de que no ha podido albergar otros moradores, distintos de los que en la novela se nos describen. Esa morada parece inconforme con la ausencia de sus primitivos dueños. Eterno contraste entre la naturaleza que retoza allá abajo, y esa tristeza ignota que flota en el ambiente. Efraím, al perder a María, perdió también su propia heredad, y las lloró juntamente, transmitiendo su tristeza a esos parajes, testigos de "aquel diálogo de amor, dictado por la esperanza e interrumpido por la muerte".

Avido de sensaciones me he asomado a la ventana del dormitorio de María. Allí permanecí cuanto me fue posible. Llegaban hasta mí los aromas del campo, que, al mezclarse con la humedad de la estancia, me hacían pensar en la muerte, a causa del exceso de la vida.

Semejante pensamiento en tal lugar me conmueve. Es necesario reaccionar contra ese nihilismo, que involuntariamente se ha apoderado de mí. La ventana cruje enmohecida y resuena con un sonido extraño casi irónico. Abandono, apresurado, aquel aposento, por oportuna insistencia de mis compañeros, encaminándonos al baño, situado a pocos pasos de la casa.

El río Cerrito, que nace en las ariscas breñas de la cordillera Central, sofrena sus ímpetus, sin aquietarse del todo, formando un momentáneo remanso, sombreado por árboles de tupido follaje, al través de cuyas enramadas frondosas, se filtran los rayos del sol "como por la techumbre rota de un templo indiano abandonado". La linfa de sus aguas, cristalino remanso, sombreado por árboles de tupido follaje, al través de cutalina y tersa, deja ver en su fondo doradas pedrezuelas, reflejando al

mismo tiempo el azul del cielo y el verde de los ramajes. Grandes piedras musgosas, lamidas de trecho en trecho por la corriente, decoran este baño, dispuesto admirablemente por la naturaleza.

Se concibe allí el poema perenne del agua, que hilvana sus notas al quebrarse en blancas espumas, que se liquidan luego en corrientes de azulina transparencia. En aquel lugar paradisíaco escuché por largo rato el *canto de las ondinas*, en el cual Wagner dio voz al cadencioso compás de las aguas espumantes y saltantes.

Nadie puede menos de sentirse atraído por esas ondas provocadoras, cuyo contacto vivificante devuelve las perdidas energías al cuerpo fatigado, como Dante, al ser sumergido en las aguas sagradas, se sintió purificado para encumbrarse a las estrellas.

La tarde de aquel día inolvidable la dedicamos a meditar en la concepción artística de la "María" y a recordar ciertos episodios de la novela, confrontando el original con la copia y reparando en sus innumerables bellezas. Entre la creación y la realidad se interpone el lector; entre la imagen ideal y lo que se ve y se palpa, viene también a interponerse nuestro *yo*, productor incansable de sensaciones.

Para qué insistir en el trajinado tema de la existencia real de María? Básteme saber que la creación subsiste intacta, a pesar de los cambios de gusto, y, hoy como ayer, Isaacs es el maestro del paisaje y potente evocador de esa figura etérea y luminosa, como Beatriz, como Laura, como Atala, que vivió en esas soledades y se destaca al modo de esas imágenes de Fra Angélico de veste azul, y donde sobre un fondo de dorados celajes, unas manos espiritualizadas van esparciendo lirios a lo largo de un sendero franjado de purpurinas rosas:

Manibus date lilia plenis.

El viento que susurraba en el follaje, en consonancia con el sordo rumor del torrente, me traía a la memoria el *Soneto del Petrarca de Lizst*, y también el verso de Hugo en la "Tristeza de Olympio", cuando me acordaba de aquella María, llenas las manos de agua para regar esas simbólicas semillas de azucenas silvestres:

Elle prenait de l'eau dans sa main douce fée
Et laissait retomber des perles de ses doigts!

De nuevo me dirigí al baño, y en la choza atiborrada de inscripciones, dejé aquella misma que Barrés encontró en un templo de Italia:

Amori et dolori sacrum y que sentaba muy bien en esos lugares consagrados al amor y al dolor.

Había llegado la hora de partir. El cielo se teñía de pálidos matices de color violeta que competían con el oro encendido del poniente.

Ya no eran para nosotros letra muerta, las notas de aquella canción de resonancia imperecedera:

Soñé vagar por bosques de palmeras
Cuyos blondos plumajes, al hundir
Su disco el sol en las lejanas sierras
Cruzaban resplandores de rubí.

El viento jugueteaba entretanto con las hojas secas, como aquella tarde en que Efraím volvió a la casa de sus mayores a reprochar a la naturaleza y a llamar a María, pidiéndosela inútilmente al valle entero, cuyos ecos sólo devolvían dolorosamente su nombre.

Y así María se insinúa en la mente, cual otra Ofelia, coronada de rosas y azucenas, las flores que forman el motivo de la obra de Isaacs, y deslizándose en la rápida corriente del Amaime, cuyas revueltas aguas, para aquel descendiente de hebreos, significaban las tribulaciones de su existencia.

Y descendimos al valle, sin dejar de contemplar aquella morada que dice tanto al corazón y blanquea en esos sotos umbríos "como un grupo de garzas dormidas, juntas, en pie y escondidos los cuellos bajo las alas",

Y, más tarde, cuando la luna se elevaba por el oriente, llena y grande, iluminando con sus lácteos fulgores aquel valle digno de Grecia, parecióme escuchar la *marcha fúnebre* de Sigfrido, anunciadora de un cortejo doliente que conducía el cadáver de un luchador de procería estirpe. Con las últimas notas de aquella música, que expresa el llanto de las cosas para quien fue dominador de ellas, y los postreros acordes del tema del destino implacable, que se cernió sobre su vida, internóse ese cortejo por los repliegues de la montaña, hasta desaparecer al pie de una casa, que aún parece llorar la irremediable ausencia de su cantor inmortal.

JUAN MANUEL ARRUBLA,
Profesor de Filosofía del Lenguaje
en este Colegio Mayor.